

"A la sombra del mérito se ve crecer la envidia". Leandro Fernández de Moratín

Madrid. Un futuro bien ganado

"Ve al centro", dijo la voz, y el rey despertó. Acumuló el consejo a otros oníricos anteriores –"Busca los bosques", "Ve donde el aire es sano", "Marcha donde nadie te haga sombra", "Refúgiate en la fortaleza", "Déjate aconsejar por los cercanos" –, y a la hora de tomar la decisión se inspiró por aquella voz que le hablaba mientras dormía. ¿Quién fue lo bastante osado para colarse en los reales sueños?, ¿acaso Dios?, ¿quizás su también regio padre desde su retiro ya perpetuo?, ¿o tal vez el espíritu de una villa con grandes pretensiones...? ¿Fue Madrid la que invadió el descanso de todo un emperador con el único fin de guiarlo hasta su propio anhelo? Pueden creer lo que prefieran, dado lo fantástico de todo lo sugerido, pero para conveniencia del relato me inclinaré por lo último porque permite jugar a humanizar esos trozos terrenales que el hombre singularmente ha transformado en ciudades, que ahora pagan con la misma moneda moldeando a sus habitantes a su antojo.

Fuera por una de las citadas razones u otra –o por ninguna, que será lo más probable–, Madrid medró entre otras ciudades de la época, que inmersas en una neblina de orgullo, e incluso soberbia, cometieron el gran error de subestimarla. Toledo la miró altiva desde abajo, Valladolid confiada desde su izquierda, Sevilla endiosada por su revestimiento ultramarino dorado, Granada anhelante de una nueva y real preñez..., todas recelosas de las otras pero incautas a la menor, aquel lugar antaño bueno para el jabalí y el oso que habría de

dominarlas. Y desde entonces ellas, y otras de reinos distintos que sufrirían la anexión, el emparentamiento real o la dominación castellana sobre toda piel del toro, fueron invadidas por una envidia muy propia del país que quedó compuesto y que ahora pintan los mapas, hasta el punto de llegar a ser tildada de deporte nacional. Al auspicio de su capitalidad, la ciudad fue adornándose con todo tipo de trajes de confección acelerada con los que equipararla a las desdeñadas, que la miraron con recelo y con el resentimiento propio de saberse así, desbancadas por la nueva, por aquella pequeña que todas veían con agrado al principio por creerla inofensiva, y que pasó a regir el día a día desde el corazón mismo de la tierra común a todas.

Madrid creció con los años. No tenía al principio la grandeza de la Imperial, ni el poso cultural de la última reconquistada, ni el rancio abolenjo de la leonesa, ni recibía insuflaciones del Nuevo Mundo... pero perseveró. Y a fuerza de desear ser centro del mundo, al menos consiguió ser la mayor ciudad de España. Madrid no hace remilgos a nadie, al menos eso pregonan su ideario. Para ser de Madrid es única condición ir allá y establecerse, es un buen eslogan que la ciudad trata de cumplir escrupulosamente.

Aquí, en Madrid -palabras que, así juntas, no son demasiado bien recibidas en lugares donde Madrid es allí-, va a tener lugar esta historia. No es el azar lo que la enmarca en este sitio, pues dudo que pudiera haber tenido lugar en otro diferente, si acaso en alguno próximo, siempre dentro de los límites de la piel bovina, porque sin duda sería demasiado improbable más allá de ellos, donde el deporte nacional fuera alguno que se practicara con balón, pelota o raqueta.

Ernesto vive en Madrid. Despierta todas las mañanas en su ciudad. Ha nacido aquí y aquí aún sigue. Vive en una zona periférica, si quieren situarla piensen en Usera o en Puente de Vallecas, no vayan más allá ni más acá, aquel sitio es el idóneo, pues si no quizás no se entiendan las motivaciones que llevan a Ernesto a pensar lo que piensa en estos instantes. No digo que la gente de allí sean todas así o de la otra manera, me refiero a que Ernesto es hijo y nieto de trabajadores, genuino representante de la clase obrera venida con los nuevos tiempos a media baja, es decir, obreros a los que se les trata de engañar con esa denominación porque cuentan con algunas posibilidades que antes no tuvieron, como la de darle a sus hijos una educación que a ellos les fue negada con la esperanza de que les permita escapar a la cadena de montaje y al servilismo al que se abocan los que no tienen otra cosa que ofrecer más que los esfuerzos de su cuerpo. Ernesto tuvo un padre de esos, un desaprovechado ejemplar creado en la doctrina de la felicidad del ignorante, por la cual una ingente cantidad de mentes quedaron confinadas a la clase que les tocó por nacimiento, subsistiendo con esos trabajos que obligaban a hombres ruines con poca confianza en el futuro del país y mucha en el suyo propio, arruinando de ese modo las posibilidades, aprovechadas en otros sitios próximos en cercanía y lejanos en ideas, de la gente que cometió el error de nacer en hogares poco afortunados. Pero como fuera que este, su país, experimentó un impulso con aires renovados, a Ernesto, como muchos de sus coetáneos, tuvo la posibilidad de adquirir conocimientos, y la aprovechó, y su padre ahora puede jactarse de tener un hijo licenciado en Economía con un expediente más que bueno.

Por eso quizás extrañe la idea con la que Ernesto despierta esta mañana. Tiene que terminar un trabajo que tiene a medias, así que se levanta temprano, a las seis y cuarto, y se dirige a la estación de metro más cercana. Tres paradas más tarde se baja del tren y sale en dirección a un hogar que no es el suyo. Se para delante del portal de un edificio y aguarda. Pasado un tiempo, ve cómo cierta persona sale y cruza la calle para tomar el autobús. Mira su reloj: las siete y treinta y tres. Compara el tiempo con el de las otras dos veces que ha hecho la misma operación. Solo existe un intervalo de dos minutos entre ellas. Ernesto llega a la conclusión de que el tipo es metódico, y eso va a facilitarle la tarea. Ve a la persona en cuestión alejarse y retorna a la boca del metro que va a llevarle de nuevo a su casa.

Al día siguiente Ernesto vuelve a levantarse a la misma hora, pero esta vez no coge el metro. En lugar de esto ha pedido las llaves del coche a su padre. Él aún no puede permitirse tener un coche. A pesar de que ha rebasado ya ampliamente la treintena, no dispone del dinero necesario para adquirirlo. Sin embargo, su padre siempre accede a dejárselo; hoy también.

Se mete en el coche, arranca y pone dirección a un sitio conocido, al lugar donde ha acudido los últimos días laborables, en una búsqueda de hábitos ajenos que le ha resultado bastante fructífera. A las siete y veintiocho aparca en doble fila el coche delante del portal donde ayer estuviera esperando. A las siete y treinta dos aparece el individuo. Sale del portal, encaja la puerta con la suavidad del que no quiere sobresaltos ni portazos y se dirige a cruzar la calle como todas las mañanas. Ernesto tiene el coche en marcha, lo mantiene así

desde hace diez minutos, y cuando intuye que el tipo va a cruzar pega un fuerte acelerón hacia él con ánimo de atropellarlo. La calle está desierta y la luz es tenue aún, no solo por la hora, también por el mes que discurre, y Ernesto ampara en esto su acto. Pero el ruido de su acelerón augura al incauto el desastre y le hace retroceder en un brinco justo en el instante anterior al intencionado y malogrado accidente. El hombre se salva y Ernesto queda preso de su frustración. Así vuelve a su casa.

Abatido, al llegar deja las llaves del coche paterno encima del aparador de la entrada. Su cara refleja desolación, y a ella se remite su madre para preguntarle si le pasa algo. "Nada", responde lacónico. Se encierra en su cuarto a pensar en su próximo proceder. Él no contaba con esto, no en vano le había funcionado las otras dos veces.

Recuerda sus nombres: Alberto Martín Escardiel y Auxiliadora Gómez Embuena. También sus direcciones, sus edades, sus teléfonos, sus estudios. Con ellos todo había resultado bastante fácil. No así con este Pedro Jiménez Gracia. Los primeros habían tenido el detalle de desoír el brusco acelerón del motor del viejo coche de su padre, que juntó así un par de abolladuras más en su vasta colección de golpes, y ambos descansan ya en el camposanto, libres de las penas de este mundo y ajenos a sus preocupaciones. Pero este Pedro...

Ahora tiene que pensar cómo hará para accidentarlo mortalmente. El coche ha sido siempre la solución lógica, pero desde este momento dicha opción torna a imprudente. No es descabellado pensar que el señor Jiménez Gracia haya contado a sus allegados el episodio mañanero. Incluso podría haberse fijado en

el auto... Ernesto espera al menos que no tuviera tiempo de cogerle la matrícula. Pero si lo intentara otra vez... Alguien con suficientes datos podría interpretar su acción de otra manera distinta a la de un mero accidente de tráfico. No, no puede arriesgarse. "Esta vez hay que echarle huevos", piensa. Solo restan cuatro días para concluir el trabajo, después ya nada tendrá sentido, así que se pone manos a la obra.

Esa misma tarde va a un comercio en un barrio lejano donde nadie pueda reconocerlo y compra un hermoso cuchillo de monte. Cuando la tarde empieza a agotarse marcha al portal de la residencia del Pedro Jiménez y allí espera a que él salga. A eso de las ocho y media, lo ve salir y lo sigue, pero como quiera que el perseguido no hace otra cosa que tomar unas cervezas en un bar bastante cercano, no puede abordarlo como quiere, y no tiene otra regresar de nuevo desazonado hacia su hogar.

Repite su acción al día siguiente con idéntico resultado. Además, el señor Jiménez esta vez se ha acompañado por otro individuo, bastante alto y fornido. Otra vez tiene que desistir en su idea.

El tercer día es el último posible y en la misma esquina Ernesto aguarda. Parece que reza, y así es. Le pide a Dios que le dé la oportunidad que necesita. Y Dios se la va a dar.

Pedro Jiménez sale de su casa, va al bar cercano habitual, pero se para delante del local, piensa y decide que hoy va a ir a aquel de más allá, que tiene ganas de comer unos de esos pinchos tan ricos de tortilla. Y allá va, hacia su perdición en forma de callejuela oscura y poco transitada, la que debe atravesar

hacia su objetivo en forma de pincho tortillero. Y allí, en la angostura de aquel callejón desamparado a la noche, Ernesto lo aborda. “Dámelo todo”, le dice tratando de vestir su acto de vulgar robo. Y Pedro lo da todo y confía a esta obligada generosidad su vida. Pero Ernesto no busca la bolsa, él busca la vida y cuando encuentra a su víctima más confiada le asesta una puñalada, y luego otra y luego otra, hasta convencerse de que está muerto, y solo entonces se va.

¡Ya está!, ha terminado su trabajo, ahora está preso de nerviosismo, pero, conforme recorre las calles alejándose, va entrando en una particular euforia. “¡Lo hice, lo hice!”, va diciendo a la vez que la felicidad le entra por la misma puerta por donde la aprensión se le va, la misma puerta que jamás cruzó ni cruzará el remordimiento. De camino tira su chaquetón en un contenedor bastante alejado del lugar donde ha perpetrado su fechoría y abandona el cuchillo dentro de una alcantarilla. Al llegar a casa sus padres duermen y él se asea. El agua se tiñe de rojo mientras se limpia las manos. Mete la camisa en una bolsa de basura que saca a la calle y deposita en otro contenedor. Cuando ha terminado se pone su pijama y se acuesta sonriente. “Lo hice, lo hice”, piensa antes de que el sueño lo venza.

Despierta el día y lo hace también Ernesto. Se viste con esmero, elige prendas más nobles de las que acostumbra, cambia camiseta por camisa y chaleco por chaqueta. Se peina a conciencia, se riega con colonia y sale a la calle. Pasea hasta el metro entreteniéndose con la idea de que hoy va a ser un gran día. Ya sentado en el transporte, rememora todo el ingente trabajo que ha tenido que hacer para lograr su objetivo. Recuerda a las tres personas que amenazaban su

futuro: Alberto Martín, Auxiliadora Gómez y Pedro Jiménez. Ninguno constituye ya obstáculo para él. Ha hecho un buen trabajo. ¡Y en solo quince días!

Se siente orgulloso. Siempre ha tenido a gala cumplir con lo que se propone y ahora más que nunca se ha sorprendido a sí mismo. ¡Buen trabajo de recopilación de información!, en un tiempo récord consiguió hacerse con las direcciones de los tres, con un resumen de su vida que incluía sus expedientes académicos, sus vidas laborales, sus entornos familiares y sus costumbres habituales.

Así pudo saber que Alberto Martín cursó Bachillerato en un centro religioso e ingresó en la Facultad de Derecho solo para abandonarla un año después; no era buen estudiante. También conoció que era de una familia bastante acomodada. Su tío era director general en una consejería del gobierno autonómico; estaba bastante bien relacionado por esa parte. Tenía la costumbre de correr todas las mañanas a horas intempestivas en las que la ciudad aún duerme y la única luminosidad la aportan diseminadas farolas que resisten a los actos vandálicos y al fundirse de sus bombillas, un hábito considerado saludable que terminó por costarle la vida: fue en lo que Ernesto amparó su premeditado atropello, el primero de los tres que cometería, un acertado golpe que lo quitó de en medio antes de que el día dejara escapar el primer rayo matutino.

La segunda colisión intencionada dejó sin vida a Auxiliadora Gómez, una chica simpática que en otras circunstancias hubiera sido digna de su aprecio.

Pero no estaba la situación para remilgos de última hora, y Ernesto actuó como debía: un violento golpe y el segundo inconveniente salvado. Esta sí que era una buena estudiante; dos licenciaturas y un doctorado la avalaban. No llegó a conocerla personalmente pero seguro que era una persona muy válida. En este caso su particular perdición fue la costumbre de sacar al perrito todas las noches para que se aliviara en un parque cercano a su hogar. Afortunadamente el perro se salvó, y eso a su vez alivió a Ernesto, porque el pobre animalito no debía ser en absoluto responsable de las cuitas de su ama, ni pagar por ellas.

Dos accidentes intencionados, dos muertes oportunas. Solo quedó Pedro Jiménez, y con este estuvo todo a punto de irse al garete. Pero allí emergió su espíritu resolutivo, su afán por terminar lo emprendido, su empeño en conseguir su propósito. La última de las muertes lo ha puesto al borde mismo de la altivez: "Puedo conseguir todo lo que me proponga", se repite así mismo ahora mientras se dirige al sitio donde un papel va a dar un cambio de rumbo a su existencia.

Entra en la estancia y se apresura a llegar al rincón donde tres tipos miran un tablón en el que se expone una serie de hojas. Una lista cuyo contenido resuelve la incógnita de las acciones de Ernesto. En el título puede leerse: "Lista definitiva de baremación y candidatos propuestos para la Escala Auxiliar de Administrativos del Cuerpo de Funcionarios del Estado". Veintiséis plazas a cubrir, veintiséis candidatos propuestos y treinta suplentes. Dentro de la relación de candidatos propuestos están: con el número veinticuatro Alberto Martín Escardiel, con el veinticinco Auxiliadora Gómez Embuena y con el

veintiséis Pedro Jiménez Gracia. En la lista de suplentes con el número tres figura Ernesto González Ramos, que no es otro que nuestro Ernesto.

Ernesto asiste al momentáneo derrumbe del tipo que mira la lista a su lado. Es el número dos en la lista de suplentes. Hoy podría haber tenido una plaza de funcionario y solo unas décimas han impedido que la consiga. Quiere decirle que no se preocupe, que quede tranquilo, que él ya se ha encargado de todo, que gracias a su acción la va a tener, que le debe una... pero no puede decir nada, porque se supone que no sabe que los tres últimos integrantes de la lista afortunada no van a tener la dicha que aquel papel expuesto a miradas ansiosas les prometía en forma de un puesto de trabajo de por vida. Así que nada dice y se marcha contento.

No habría sido justo que el tal Alberto consiguiera plaza. Sin duda había sido siempre un enchufado, solo había que mirar los puntos conseguidos por concurso y los de su examen opositor. Este tipo hubiera debido su plaza al tiempo trabajado como eventual, desarrollando una labor a la que habría accedido quién sabe cómo, seguro que fruto de algún tejemaneje resultado de la influencia de su tío. No era la persona adecuada, no. Habría sido el tipo de persona que mancilla la imagen del funcionariado. No solo se ha hecho un favor a sí mismo sino a la Función Pública.

Y qué decir de la tal Auxiliadora. ¿Era justo que una mujer tan preparada rebajara su caché al extremo de trabajar como mera auxiliar administrativa? Por no hablar del trance en el que hubiera puesto a sus compañeros, gente que cumplía exclusivamente con el requisito único de tener el grado de estudios

obligatorios. Eso no hubiera constituido un buen ejemplo. Bueno, él es también licenciado, pero un humilde monolicenseado resultado de la realidad educativa del momento, y no un doctor bilicenseado con una vida académica que se habría desperdiciado en cualquier oficinucha de tres al cuarto. No, eso tenía que ser evitado y él se ha encargado de ello.

Luego piensa en Pedro Jiménez y no se le ocurre ninguna disculpa para su eliminación. No importa, ya se le ocurrirá algo... o no. De todas formas parece no tener necesidad de encontrar eximentes puesto que el remordimiento amenaza con no presentarse. Y es que está tan absorto con el futuro que se le promete que deja a un lado el trágico pasado reciente y se dedica a pensar en qué coche habrá de comprarse, en qué lugar de Madrid podrá permitirse la compra de un piso, en qué gimnasio se apuntará nada más recibir noticia de su adjudicación, en dónde irá de vacaciones... Sí, él sí se merece ese futuro. Es su futuro, ya no hay futuro para ellos. No lo merecían, solo él luchó verdaderamente, solo él pudo conseguirlo porque solo él se lo había ganado.